en *Señora y Criada*, y el segundo en *Labradora y Campesina*. Y no incluyamos á la clase media por dos razones: porque la clase media, compuesta del empleado de poco sueldo, del hacendado de corta renta, del industrial en pequeña escala y del comerciante modesto, es igual en todas las latitudes; y porque, viviendo dicha clase peor que puede y esforzándose en brillar más que puede, su continua oscilación impide que su figura se dibuje en la cámara oscura de la crítica con los rasgos de verdaderamente típica.

II

LA SEÑORA

Ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada, ni blanca ni morena, de ojos más bien claros que oscuros, de nariz más bien recta que aguileña, esbelta en el andar, discreta en el decir; la señora de Toledo reúne la bondad de la mujer del Septentrión á la gracia de la mujer del Mediodía.

Nos hallamos en el siglo de las universalidades, y no habian de ser las modas excepción de la regla, dejando de esparcirse por España con la velocidad del vapor, contenido en los antros de una locomotora. Y menos tratándose de una ciudad, ayer Corte del primer imperio del mundo, y hoy separada de Madrid por tres horas de vía férrea.

Pero si la dama toledana apenas se diferencia por el traje del resto del señorío femenil de la Península, se diferencia por sus costumbres.

Lo primero que un día de trabajo llama la atención del viajero en la cuna de Garcilaso es la ausencia del bello sexo en público. Difícilmente hallareis en tal día señora alguna pisando la calle ó el paseo. Al encontraros únicamente con ejemplares del sexo barbado, temeríais por el fin de aquella raza, y aun desejaríais un rapto, como el de las hijas de Silo, con intención de reprobarla.

Y es que la señora de Toledo, entregada por completo á la vida del hogar, se exhibe poco á modo de la hebrea ó de la árabe.

Encerrada en invierno tras el cortinaje de su camión y en verano bajo el toldo de su patio, con su aljibe de agua templada en Enero y fresca en Agosto, con su azotea que brinda sol en los días fríos y ambiente en las noches calorosas; para ella no hay otro mundo que su casa, cuyo encierro quebranta el sonido del bronco que llama á misa ó al sermón, y cuya entrada velan aquellas palabras de la hija de D. Sancho de la Cerda al atrevido D. Mendo:

Antes quitareis primero
la autoridad á un lucero,
que no la luz á mi honor.

Gran madrugadora, conserva las costumbres monacales de tomar chocolate por mañana y tarde y de comer en punto de doce; cena á las ocho, y recibe tertulia hasta las diez.

Acude los *martes* al mercado de la calle Ancha, en el que se provee de todo género de chucherías. Alguna que otra fiesta se decide á dar una vuelta por Zocodover, San Cristóbal, el Miradero ó

Merchán. Va al café y al teatro el día del *Corpus* y el de Nuestra Señora del Sagrario. Visita en las mañanas de primavera ó en las tardes de otoño los cigarrales, cubiertos de lirios y azucenas, de albaricoqueros y aceros, sitios encantadores que inspiraron á Tirso y á Moreto. Y se confunde en democrático consorcio con el pueblo en la primera de las romerías toledanas, en la romería de la Virgen del Valle.

III

LA CRIADA

Todo lo que la señora de Toledo tiene de amante de su casa, tiene la criada de andorrera.

Llegada del pueblo con su traje de los colores del Iris, pañuelo de *sandía* á la cabeza y pañuelo de *hierbas* al talle, jubón de estameña oscura y saya de estameña clara, refajo de bayeta encarnada y mandil de *biñ* verde, con su moño de picaporte, y sus pendientes de coral, y sus medias de lana azul, y su zapato de becerro; pasa el primer mes en su aldea en los recuerdos de su aldea. Pero la mutación de aires y aguas comienza á afinar el cutis de sus rojos mofletes; el peinado y trajes de su señora le inspiran ideas de imitación; oye con gusto los requiebros que le dirigen el estudiante y el soldado; conversa, antes y después de llenar su cántaro en el pozo de vecindad, con sus compañeras ya cepilladas; y concluye por cepillarse de tal modo que, cuando al año va á la función de la Virgen de Setiembre á su pueblo, no la conoce ni su madre.

Desde aquel instante la larva se ha transformado en mariposa, que revolotea por las mañanas en la plaza de las verduras, sisando lo que puede de la compra; que se dirige por las tardes á la fuente, pasándose las horas muertas en murmurar de lo que no le importa; que baja los domingos con su militar al Cristo de la Vega, citándose para subir con él al día siguiente al arroyo de la Rosa, donde lava la ropa de sus amos; que no pierde un baile en el Taller del Moro; que no falta á la romería de la Candelaria en Azucaica, á la de San Blas en Burguillos, y así en todas, sin olvidar á San Antón ni á San Roque, á San Cipriano ni al Angel; gustando de que su novio la obsequie con tal motivo, porque como advertía Teresa al criado de D. García:

También en la sierra es fama
que amor ni honra no tiene
quien va á la Corte y se viene
sin joyas para su dama.

Pero ni sus amoríos, ni la transformación verificada en su sér y ropaje, le impiden oír en la Catedral, al amanecer los días de precepto, la misa del Santo, la más popular de todas las misas, pues que á ella acude, no sólo la llamada *gente del bronco*, carniceras y verduleras de la plaza, sino alguna señora principal, que desde niña siguió tan piadosa costumbre.

¡Cuántas veces acudimos también nosotros de pequeñuelos en compañía de nuestra buena madre! ¡Cuántas veces, rompiendo las sombras del matutino crepúsculo, hemos penetrado después en

aquel templo, erigido por San Eugenio en el siglo I de nuestra era, restaurado y consagrado á la Virgen en el V por Recaredo, trocado en el VIII en mezquita mayor por los árabes, convertido en Catedral en el XI por Alfonso VI, y derribado en el XIII por San Fernando para edificarle como está hoy, según los planos de su primer arquitecto y director Pedro Pérez; en aquel templo, depositario de las cenizas de reyes famosísimos, tres de la casa de Borgoña, Alfonso VII, Sancho III y Sancho IV, y tres de la de Trastámara, Enrique II, Juan I y Enrique III; en aquel templo, al cual ofrecieron el homenaje de su inspiración los Egas y Dolfinos, los Ticianos y Berruguetes, y tanto otros inmortales artistas, uniendo al gusto de la invención el esmero del trabajo; y al mirar á todas las clases sociales confundidas en el murmurio de la oración, más dulce que el de las fuentes y las auras; al contemplarlas arrodilladas ante las grandiosas verjas platerescas del Presbiterio ó de la Virgen del Sagrario, ante los altares de ricos mármoles y bronce, que ofrece por modelos del género greco-romano y orden jónico el exterior del Coro, ó ante alguna de las elegantes capillas góticas que le dan frente, hemos sentido asomar el llanto á los ojos, llanto de alegría al ver que el huracán del descreimiento no había conseguido extinguir la luz de la fe, llanto de esperanza de días más bonancibles que los nuestros!

(*Concluirá.*)

EL LLANTO

Á MI BUEN AMIGO PEDRO A. BERENGUER

¿Qué haríamos, Señor,
si no tuviéramos tanta luz
para seguirte?
KEMPIS,

—«Aléjate de aquí; aquí abandona
la dicha que gozaste en tu inocencia;
huye de este lugar, y de tu culpa
sufre la justa pena.

—
Vivirás desde ahora sometido
á indestructibles leyes; tu existencia
en ese mundo que te doy por cárcel,
será amarga y ligera.

—
Transformado será tu cuerpo en átomos
por una evolución de la materia;
sólo tu alma quedará, sufriendo
martirio ó dicha eterna.»

—
Dios para castigar al primer hombre,
fulminó de este modo su sentencia,
y el humano linaje va agobiado
al duro peso de ella.

—
Al escucharla Adán, amargamente,
de dolor y de angustia el alma presa,
—¿Cómo, Señor,—le dijo,—el débil cuerpo
para ello tendrá fuerzas?

—
¿Quién me dará consuelo en mi quebranto?
Y el Ser Supremo, con bondad inmensa
—«Llora, le respondió; serán las lágrimas
tu redención eterna.»—

—
La redención, ¡oh, sí, querido amigo!
y el consuelo también de nuestras penas;
porque es el llanto para el alma triste,
dulce cual miel hiblea.